

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Ramón Rosell.)



—Que si voy, que si no voy,
que si hay, que si no hay...
La verdad es que, hoy por hoy,
no en encuentro contrata, y soy
jel alma de Garibay!

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Tabuada.—Desgraciados, por Eduardo Bustillo.—¡La hemos hecho buena!, por Antonio Sánchez Pérez.—La razón de un amor, por Luis de Ansoarena.—Oloras, por Juan Pérez Zúñiga.—La fuga, por José Estremera.—Retazos, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Rosell).—La cuestión del día (dos viñetas).—Las maniobras (ocho viñetas).—La razón de un amor (tres viñetas).—España cómica (Ciudad Real), por Cilla.

*

DE TODO UN POCO.

Crónica portuguesa.

Mis temores no se han realizado y por ahora continúo viviendo. Mañana no sé lo que me tendrá reservado el destino.

Por de pronto, advierto que un embozado ronda la puerta de mi casa. ¿Será un enemigo que me acecha para exterminarme, ó será el novio de la criada del segundo?

Yo, por el acaso, vivo ojo alerta y no me acuesto una sola noche sin mirar antes debajo de la cama.

El otro día, entre dos luces, creí ver un bulto sospechoso detrás de un baúl. Preparé el revólver y me dirigí al bulto, resuelto á todo.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted ahí?

Pero el bulto no contestaba. Entonces decidí arrojarle sobre el criminal. No era un criminal: era el talego de la ropa sucia.

De todas maneras, yo no estoy tranquilo aquí, donde se ha jurado mi muerte, y me vuelvo á mi tierra, porque ahí nadie se incomoda conmigo, ni echa á mala parte mis bromitas.

Claro que las personas discretas reconocen aquí, lo mismo que ahí, la bondad de mi corazón y el inocente propósito que informa todos mis artículos.

Á nadie que tenga dos dedos de frente se le ocurre pensar que yo escribo con ánimo de saber á determinadas personas. ¡Pero señor, si yo no soy crítico! ¡Si jamás he pretendido fustigar á mis coetáneos!

Yo procuro encontrar el lado cómico de las cosas, lo mismo en Portugal que en España; yo no tengo resentimientos con persona alguna (excepción de Becerra que me dejó cesante); yo soy un hombre de carácter dulce, y por evitar un disgusto á mis semejantes sería capaz del mayor sacrificio.

No hace mucho tiempo que se creyó aludida en uno de mis artículos cierta señora de Cabeza del Buey, residente en esta ciudad. Yo supe que estaba triste, que había suspendido los baños por mi causa y que á consecuencia del disgusto se le había presentado una los seca, de carácter perruno.

Corrí á ver á la señora para tranquilizarla y le juré con la mano puesta sobre el corazón que no tenía el gusto de conocerla cuando escribí mi artículo.

—¡Ay! ¡Qué disgusto he tenido!—decía ella.—¡Qué ratos me ha hecho usted pasar!

—Lo lamento, señora; pero juro que no he tenido el menor propósito de molestar á usted.

—Entonces, ¿por qué decía en su artículo que una señora de Cabeza de Buey se untaba el rostro con tuétano de vaca? ¿Quién le ha facilitado á usted ese detalle referente á mi persona?

—¡Ah! Pero ¿usted se unta con tuétano?

La señora entonces se hizo cargo de que había cometido una indiscreción, y convino en que no hay cosa más mala que darse por aludido.

¿Qué necesidad teníamos de saber que emplea el tuétano vacuno en su embellecimiento personal?

**

Algo de esto ha ocurrido con los figueirenses que se me han interesado y han querido reunirse en asamblea para acordar mi expulsión del territorio.

Los que discurren con el cerebro me tienen por un excelente propagandista de esta plays; pero los que raciocinan con los pies me suponen vendido al oro de Inglaterra para desprestigiar esta hermosa nación.

Á mí se me ha dicho que se ha puesto precio á mi cabeza y que se ha llegado á ofrecer por ella hasta veinticuatro reales. No vale mucho más, pero bien podrían mis enemigos aumentar algo la eno-

ta, si quiera sea en atención á que dejó familia, y que ésta dirá mañana:

—¡Pobre papá! ¿Sabe usted en cuánto lo tomaron los de Figueira? Pues no llegaron á dar por él ni treinta reales.

**

Ha vuelto á abrir sus puertas el teatro del Príncipe Don Carlos, para presentar una compañía cómico-lírica española.

Yo no tengo el gusto de conocer á ninguno de los artistas que la componen, ni recuerdo haberlos visto nunca parados en la calle de Sevilla.

Llegué al teatro, tomé asiento, y salí de allí sin enterarme de lo que había visto y casi oído. Digo casi, porque la mayoría de los artistas cantan hacia adentro. El único que tiene una hermosa voz es el director de escena, cuyo nombre ignoro.

—Ya verá usted cómo le contratan para Madrid—me decía un español que se rentaba á mi lado.

—No tenga usted malos pensamientos—le contesté.

—¿Quién le gusta á usted más? ¿Cerbón ó éste?

—¿Á mí? *Guerrita*—dije yo.

**

Ésta será mi última crónica de Figueira, Dios mediante.

Dentro de breves días habrá traspuesto la frontera, suponiendo que salga con vida de manos de mis enemigos.

¡Madrid, Madrid de mi alma!

¡Amigos y compañeros de mi corazón! Café Inglés, Cervecería Suiza, estanco de la calle del Príncipe, peluquería de Almeida, casa de Bonilla...

Benito, Santos, Arturo, Company, Joaquín, Ramón, Leonardo, todos estos nombres acuden á mi mente y despiertan en mi corazón dulcísimos recuerdos.

Si me condenaran á vivir lejos de vosotros, ¿qué sería de mí? Andaría por el mundo sin norte ni guía, fumando y sufriendo, con camisa de dormir por todo adorno y el pelo largo.

Yo necesito respirar el aire impuro de los saloncillos y disfrutar de la dulce compañía de Llana, Lusionó, Dicenta, Francos, Lerroux, Mata, Romá, Valdés, Palacio, Bustillo, Matoses, Pons (D. Manuel), Sánchez Pérez, Sellés, Tubau, Nicolás, Flores, Laserna, Lasvannes, Fraile, Navas, Manso, Cantín, Vallés, Heredia, Ordás, Thuillier, Círrera, Pastor, Casares (D. Federico), Calvo... de todos los que acuden á casa de mi amado Celestino por la tarde y al Café Inglés por la noche, bajo la custodia de D. Fernando.

Mi alma siente la necesidad de ver á Sinesio y á Cilla cada dos semanas, de estrechar á Luceño y á Sierra contra mi pecho, de visitar á Cabezón y de entregarme á las tareas periodísticas al lado de mis queridos compañeros de *El Imparcial*.

La emoción me ahoga al invocar estos recuerdos, y voy á terminar con un grito que me sale del alma:

¡Viva Madrid! ¡Vivan mis amigos!

Y ¡abajo el gobierno, las cédulas personales y el Teatro Marín! (1).

Luis Cabada.

*

Desgraciados.

I

Hay hombre que se complace en ir buscando su muerte, y las tonterías que hace se las achaca á la suerte.

Sueña un tipo de mujer, ve su tipo en una fiera, y ya acaricia el placer de hacerla su compañera.

A un ángel de Dios la iguala antes de llamarla esposa, pues no puede ver que es mala de tanto ver que es hermosa.

Y luego, ya bien saciado el afán de los sentidos, dice que es muy desgraciado, como otros muchos maridos.

II

Hay mujer muy buena y santa que al cielo su gloria fia; el matrimonio la espanta por... por pura tontería; y no quiere ser esposa de un hombre todo bondad con quien puede ser dichosa por toda una eternidad.

Pasa un santo, pasan dos, por un pillo al fin se ciega, y, ya olvidada de Dios, al mismo diablo se entrega.

Y hoy grita con labio impío, al verse tan mal casada: «¡Ay! ¿Por qué, por qué, Dios mío, me has hecho tan desgraciada!»

Eduardo Bustillo.

(1) Ya me acordáis, amigos.

La cuestión del día.



—No dejo de cavilar por una cosa.
—¿Por cuál?
—Si yo no pude acabar el bachillerato cuando tenía doce asignaturas, ¿qué hubiera sido de mí si me llega á alcanzar la reforma y me las aumentan á treinta y cinco?



—A usted, Clotilde, la tendrán completamente sin cuidado las reformas de la segunda enseñanza.
—¿Por qué?
—Porque usted está en la tercera, y me quedo corto.

¡La hemos hecho buena!

Cuando digo: «la hemos hecho buena!» no me expreso con la debida exactitud; la verdad es que la han hecho buena los amigos y consejeros ó inspiradores del señor ministro de Fomento, excelente persona, á pesar de ser excelentísimo señor y senador vitalicio; pero, por lo visto, un poco testarudo de su propio natural y que se ha empeñado en rehacer, entre prisa y prisa, la *instrucción pública*; no empezando, como suelen empezar otros y parece natural que se haga, por el principio, sino por la *segunda enseñanza*. Lo cual viene á ser como si, para edificar una casa, principiásemos los albañiles por el tejado.

Y no es lo malo que su excelencia, con plausible intención y propósitos rectos, que soy el primero en reconocer y aplaudir, se haya empeñado en plantear esa reforma: lo malo, lo malísimo es que lleva trazas de realizar tal empeño, y de realizarlo, por medio de un decreto, en un par de semanas.

No parece sino que eso de reformar la segunda enseñanza, por ser cosa de muchachos, ha de ser tan sencillo como organizar unas cuantas evoluciones de las que ahora llevan á cabo, con éxitos brillantísimos y ruidosos, los batallones infantiles.

El empeño del excelentísimo señor ministro, muy señor mío y mi dueño (es un *modus dicendi*, porque yo, á Dios gracias, no tengo dueños, ni señores), el empeño del excelentísimo señor ministro, vuelvo á decir, evoca en mi espíritu el recuerdo de una comedia, muy leída por cierto y muy en boga cuando era yo niño—es decir, casi casi á fines del siglo pasado, valga la hipérbole.—La comedia á que aludo se titulaba, y creo que seguirá titulóndose, *Los dos amigos y el dote*.

Me limito á creer, y no afirmo que seguirá con el mismo título, porque vaya usted á saber si algún ingenio de esta corte, de los que andan estorbando en el abundantísimo y casi olvidado repertorio de nuestros antecesores, la habrá sacado enredada en un gancho y la habrá adaptado á los nuevos moldes del género chico.

En fin, eso no es ahora del caso ni tiene que ver nada con lo que vamos diciendo.

Íbamos diciendo que la comedia titulada *Los dos amigos y el dote* era muy linda; pues bien, figura en ella una muchacha candorosa que desea casarse, y refiriéndose á los chiquillos que han de ser fruto del matrimonio, dice inocentemente á su madre:

—¿Cuándo tendré yo uno ó dos?

A lo que replica la mamá con mucho juicio:

—¡Niñal... ¡que no son muñecos!

Pues cuando se advierte la obstinación pueril del excelentísimo señor ministro en llevar á cabo, en muy pocos días y sin atender á razones, nada menos que todo un plan completo de *segunda enseñanza*, dan ganas de decirle: «Señor excelentísimo, que no se trata de juzar á los soldados». O como dicen en una zarzuela, muy linda también, pero más moderna que la comedia antes citada: «*Mirad, señor, que las ciudades no se toman con el dedo*».

Las reformas en la enseñanza no pueden realizarse con sólo escribir un buen artículo para un periódico... Que á eso, á un buen trabajo periodístico, se reduce el preámbulo del decreto firmado por el señor ministro, y que es lo único aceptable que hay, hasta la presente, en las reformas discutidas por su excelencia.

Y para figurarse lo que el tal intento de reformas será, basta leer con atención lo que acerca de ellas escribe su autor, en los párrafos que voy á copiar del susodicho y celebrado preámbulo.

Habla el ministro de su propósito de reforma y dice que al realizarlo:

«Ha tenido en cuenta los diversos criterios sustentados por los diferentes partidos, escuelas y órganos vivos de la opinión pública, y muy especialmente los luminosos dictámenes formulados y detenidas discusiones habidas en el seno del Consejo Superior del ramo.»

Y dice después:

«De suerte que la obra, aun sin dejar de traducir su propio pensamiento, más que suya, resulte la expresión concordada de aquellas varias y autorizadas fuentes de información.»

Que es ni más ni menos como si el presidente del Congreso de los diputados dijese un día: «Señores, aquí hay unos representantes del pueblo que sustentan la monarquía; otros que defienden la república unitaria; otros que aspiran á implantar la república federalista; pues bien, yo, teniendo en cuenta esos criterios sustentados por todos y sin olvidar mi propia opinión, voy á daros un proyecto de organización política y social que sea la *expresión concordada* de todas esas opiniones varias y contradictorias.»

Es claro, pero claro como la luz del sol, que ese proyecto resultaría lo que llama el vulgo un *cien pies*.

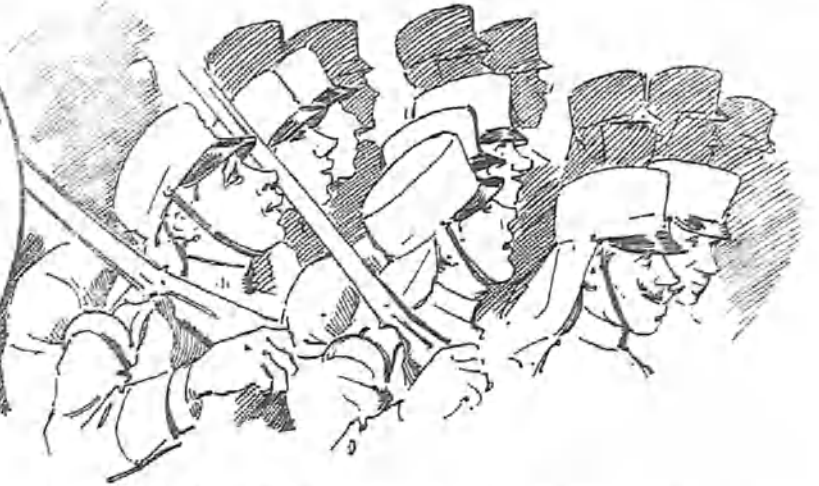
Pues eso, eso exactamente ha resultado del decreto de la reforma de la segunda enseñanza.

Lo afirmo yo; los hechos y sus consecuencias se encargarán de demostrarlo.

A. Sánchez Pérez.

Las maniobras.

(NOTAS DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL)



El espíritu de las tropas, excelente. Las mozas que han presenciado el desfile conocen ya todos los piropos compatibles con la ordenanza.

Marcho a la vanguardia, con un arrojo y un desprecio de la vida que causan la admiración de estos bravos muchachos.



Y la infantería ha aprovechado admirablemente todos los accidentes del terreno.



Al saber que pertenezco a la prensa, todos los vecinos que saben tocar algo me acompañan a mi alojamiento con sus instrumentos respectivos.

La caballería ha hecho el servicio de exploración con arreglo a la táctica.



Para que la información sea lo más completa posible, he presenciado todas las operaciones en el sitio de mayor peligro.



Para hacer olvidar las penalidades de la campaña, la distinguida hija del Sr. Fulánez y el notable sobrino del Sr. Mengáñez nos proporcionaron una velada deliciosa.

Pero me considero suficientemente pagado con los obsequios que en nombre de ese modesto semanario he recibido en todas partes.



La razón de un amor.

I

Recibió el doctor Esteban á Jorge con la cariñosa sonrisa que tenía para todos sus enfermos. Hízole sentar en un ancho sillón colocado frente á la luz, y después de examinarle atentamente el rostro, dijo:

—Vamos á ver; ¿qué siente usted?

Y le cogió una mano para tomarle el pulso.

Enrojeció un poco Jorge, como si la declaración de su enfermedad le produjera vergüenza, y al pronto no respondió nada. Con la mirada fija en el reloj contó el médico las pulsaciones. No pareció que el número de éstas le sacaba de dudas, porque preguntó de nuevo:

—¿Dónde le duele á usted?

—En ninguna parte—respondió Jorge, ya más decidido.—Dolor no puedo precisar ninguno. Me han dicho—añadió, inclinando el cuerpo hacia atrás—que usted es un especialista en las enfermedades nerviosas... Por eso he venido á consultarle, ¿sabe usted? Yo creo que si sigo en este estado acabaré por volverme loco.

—Despacio... despacio—dijo el doctor Esteban dándole un golpecito suave en el hombro.—Esas son palabras mayores. Nadie se vuelve loco estando yo aquí. Explíqueme usted lo que le sucede. Un médico es un confesor. ¿Ha tenido usted algún disgusto grave, alguna impresión violenta? ¿Hace mucho tiempo que se ha apoderado de usted la idea de la locura? Vamos... vamos, cuéntemelo usted todo y no tenga cuidado. Desde luego le aseguro que en su semblante, en su aspecto no hay nada que indique una alteración profunda; á ver otra vez el pulso... algo nerviosillo, pero nada. ¿Es usted muy aprensivo, verdad? ¿Padece usted jaquecas fuertes?

—No.

—¿Y el estómago... ese pícaro estómago que siempre anda á la greña con el cerebro? ¿Tampoco está mal? Más vale así. ¿Y las piernas?... ¿no se tambalean, eh? ¿no hay vértigos? ¿ni laxitud general tampoco? ¿ni pesadez en el hígado? ¿ni sensación de cansancio en la espalda? Pues, hijo de mi vida, para mí que no tiene usted nada, absolutamente nada. Lo que dije antes: pura aprensión.

Se le quedó mirando y en espera de que Jorge le diese algún detalle sobre aquella supuesta enfermedad, que le hizo ir á la consulta.

Jorge habló al fin.

—Doctor—dijo,—yo soy casado...

—Vamos... Bien...—se limitó á responder el doctor, sin comprender gran cosa de la relación que pudiera existir entre el matrimonio del paciente y su enfermedad.

—Me casé hace cuatro años.

—Bien... muy bien—repitió el médico por decir algo.

—Fué el mío un matrimonio por amor, por verdadero amor. Pensar que yo podría entonces vivir sin la que hoy es mi mujer, era pensar el disparar mayor del mundo. La conocí siendo yo un jovenzuelo y ella una niña. Catorce años tenía yo y doce ella, y ya éramos novios.

—¡Gran precocidad!—dijo el médico sin apartar los ojos del joven.

—A los veinticuatro años me casé. Tuvimos por lo tanto diez de relaciones.

—Hábale para acabar con la paciencia de cualquiera.

—Dos años después de casado estaba harto de mi mujer.

—Eso suele pasar con mucha frecuencia—dijo el doctor sonriendo.

—Pero, enténdalo usted bien, pues aquí es donde yo creo que aparece el desequilibrio de mi cerebro... Al presente estoy enamorado como un idiota...

—También sucede eso á menudo. ¿Ha dejado usted de querer á su mujer, y se ha encaprichado por otra que indudablemente no le hace á usted caso? ¿no es así? ¡Beb! Hasta ahora no veo la locura.

—Está usted en un error. La mujer de quien estoy enamorado es la mía propia.

—Pero ¿no ha dicho usted hace un momento que estaba harto de ella?

—Sí, señor... Hartísimo...

—Y sin embargo, ¿la quiere usted?

—¡A ella precisamente no!

—¿A quién entonces?

—A la otra... que es la misma... Vamos, quiero á la que hoy es mi mujer, pero la quiero como era antes, cuando era mi novia. No hay quien me convenza de que son iguales... Ha sido un engaño... ¡Una estafal! ¡Sí, señor! ¡una verdadera estafal! Si los defectos de mi mujer hubieran concluido por completo con el amor que por ella sentí durante los diez años de mis relaciones, no vería nada de anormal en mis sentimientos. Como usted ha dicho muy bien, éste no sería un caso extraño: al noventa por ciento de los que se casan les sucede así. Pero lo que á mí me pasa es excepcional. Los defectos de mi mujer contrastan con las perfecciones de mi novia, perfecciones que no puedo admitir como fingidas; no, señor, eran reales, verdaderas; tuve tiempo sobrado para comprenderlo así. De esta comparación entre lo que es hoy y lo que fué ayer resulta que, odiando el presente, adoro con más fuego cada vez el pasado, y que se me ha metido en la cabeza la idea de que mi mujer no ha sido nunca mi novia. ¿Ve usted cómo esto es puro disparatar, evidente locura? Pues no hay quien me saque de ella. ¿Quiere usted una prueba? Se me pasan días y días sin que me acerque á dar un beso á mi mujer, y no pasa uno sin que estampe mis labios en el retrato que me dió cuando éramos novios. Teniéndola á ella delante cierro los ojos para verla como era entonces, y con la imaginación la admiro y la hablo «pasionalmente». Pues abro los ojos, miro á mi mujer, y si viera usted qué disgusto, qué antipatía siento! A fuerza de pensar en estas cosas he llegado á decirme que estaba al principio de la locura: que todo esto obedecía á una perturbación de mi cerebro; y al fin, horrorizado, he decidido venir á consultar con usted. He oído hablar de amores inverosímiles, casi monstruosos, pero de lo que á mí me pasa no oí hablar nunca. Ni usted tampoco, ¿verdad? Lograr una mujer, y por lograrla, por tenerla como cosa propia, hacerse de ella, llegar á odiarla, sucede á veces... pero éste no es mi caso, no, señor; mi caso es que yo la sigo queriendo como si se hubiera muerto el día antes de casarse conmigo, y al día siguiente hubiera nacido otra distinta, á la que aborrezco, y que sin embargo es la otra... ¡la misma!... aunque á mí no me lo parezca, ¡es la misma!

—Pues hijo—respondió el doctor después de oír atentamente al joven, y deseoso de terminar aquella extraña consulta,—lo que usted padece no se cura con duchas, ni bromuro, ni medicamentos



de botica. No puedo darle á usted más que un remedio vulgar. Procure distraerse. Trabajar en algo que ocupe toda su inteligencia. Y si esto no basta, busque usted otra mujer... otros amores... No es muy moral la receta, pero no puedo darle otra.

—Eso es imposible... Lo he intentado todo, pero tengo tan lleno el corazón de aquella mujer, que no cabe ninguna más... Ni por señalo entraría... ¡Aquella y nada más que aquella!

—¡Pues aquella es ésta, amigo mío!

—¡De eso es de lo que yo quería convencerme!

—¡Quién sabe!... ¡El tiempo puede mucho!

Jorge salió desconsolado del gabinete del doctor.

II

Algunos meses después el enfermo y el médico se encontraron en la calle. Jorge estaba más pálido, más delgado que el día de la consulta. Curioso el doctor por saber en qué había perado aquel caso, se acercó al joven. Este le reconoció en seguida, y estrechándole fuertemente la mano, le dijo:

—¡Ah, doctor!... ¡Qué razón tenía usted!... ¡El tiempo lo puede todo!

—¿Qué?... ¿se ha curado usted de su manía?—preguntó el médico.

—¡Radicalmente, amigo mío! ¡pero qué desgracia me ha traído la curación!

—¿Cómo?...



—Sí, señor. He comprendido que mi novia y mi mujer eran la misma... y ahora siento por las dos, es decir, por la única que en realidad existía, un amor infinito, desesperado é imposible...

—¡Imposible!

—¡Sí... porque ese amor ha nacido cuando me convencí de que mi mujer no me tenía ninguno... cuando ya no me pertenecía como cosa propia...

—¿Qué?... ¿ha muerto?...

—¡Ujalá!—respondió el joven siniestramente.—No... vive, pero ya no es mía... Es de otro... ¡Ah!... ¡qué clara está la razón de mi desvarío! Porque ya no podía ser mi novia, como novia la adoraba... Ahora que con su infamia se me ha hecho imposible como mujer, ¡como mujer la adoro!

—Cierto—dijo el doctor.—No era usted un loco... Era un hombre. Nada más.

Luis de Ansoarena.

Olores.

—Créame usted, señorita (me decía ayer el memo de Bartolo que llegaba, de la dehesa de Hamancjos), pa olores los de la dehesa; no los que hay en este infierno de Madrid. Usted no sabe lo malo que es el efento que hace al que está acostumbrao al tomillo y al romero topar aquí en cada esquina con veinte olores diversos y que por desgracia no haiga entre toos ninguno bueno. Salga usted si no á la calle y se convencerá de ello. De aquí sale olor á cena trasnochá ú ácido fénico; allá huele á aceite frito ó á cola de carpintero; después á gas que se fuga ó á pescac que no está fresco, y más alante á petróleo ó á tufo de algún brasero, amén del olor á viejas que sale de algunos templos. Pus bien, á más de otras cosas que por sucias me reservo pa mí solo, va usted andando pa remate y da un paseo por el Rastro y por las calles de la Greda y del Carnero, del Pez, de la Pingarrona,

del Candil y de Don Pedro, cuyos rótulos ya dicen que su olor no ha de ser bueno, y usted me dirá si digo verdaz ú disparato. En fin, hasta los afeites con que se entarcan los pelos y la cara las señoras, dicho sea con respecto, tienen olor á botica; sí, señor, olor á ingüento —¡Qué animal eres, Bartolo! —Lo sé; pero en este centro de corrupción son mu malos toos los olores que olemos. En cambio, allá en la casita de labor y en los terrenos de la dehesa, ¡qué bien huele al tomillo y al cantueso! Allí todo huele á gloria bendita. Si no, usted mesmo se acordará de aquel día que estuvo allí...

—Sí, recuerdo que había olores muy gratos. Pero no seas zopenco y creas que me olió todo muy bien, pues también es cierto que sorprendí á tu costilla dando un abrazo al boyero, y te soy franco, Bartolo, ¡no me olió muy bien aquello!

Juan Pérez Sainza

La fuga.

No puede ser el guardia á una mujer.
Moreno

Era hermosa cual ninguna la doncella doña Sol, hija del conde don Gómez, de muchas tierras señor. Mas la menina, olvidando deberes de religión, á espaldas de su buen padre de un moro se enamoró. A fuerza de mucha astucia y no menos precaución, por algún tiempo lograron tener oculto su amor; pero al cabo cierto día al padre la delató una maldecida dueña traidora de profesión. Al saber tal desventura púsose el padre feroz y no mató á la doncella por un milagro de Dios. Para que su desventura no llegara á ser mayor, á la malhadada moza en una torre encerró. Era la torre muy alta, de hierro el ancho portón, al cual llaves y cerrojos poner el conde mandó. A vér á la prisionera iba sólo un rodrigón, sujeto fiel y obediente como un perro á su señor. Ella, que siempre pensaba en su adorado, pasó mucho tiempo imaginando

cómo huir de la prisión é ir á buscar las caricias de aquel moro seductor á quien ella sigue amando cada vez con más pasión. A ver á la presa un día el mismo conde subió, y al abrir la herrada puerta quedó mudo de terror, que á la bella enamorada en ninguna parte vió, aun cuando era reducida y estrecha la habitación. Y unidas por fuerte nudo, como una escala, las dos sábanas del casto lecho flotaban en el balcón. —Lanzarse de tanta altura es imposible, Señor; sin duda la desdichada en el foso pereció. — Dijo el infelice conde dando gritos de terror, y salió, ya sin cuidarse de echar al férreo portón los ya inútiles cerrojos y al foso se encaminó. Y tras él á poco rato salió también doña Sol, que estuvo oculta hasta entonces entre el lecho y un arcón. Y alegre porque su industria tan á su gusto salió, voló á los brazos del moro que amaba su corazón.

José Estremera

Es de creer que el corresponsal habrá querido decir *idiotismo*. Porque la estupidez ríyana en el idealismo es cosa completamente nueva. Sin contar con que los *rayos* de estupidez no se han inventado tampoco hace muchos días.

¿Serán rayos?

Habrán ustedes notado y cómo no! que los pasajeros de los vapores procedentes de Melilla son mudables y *perfidos* como la ondas.

Se acerca á interrogarles un corresponsal de periódico de oposición, y dicen que los rifeños andan revueltos, que la autoridad de Muley Araaf (ó Jarafa, como le llamábamos en nuestros buenos tiempos) está desconocida y que se temen trastornos graves de un momento á otro.

Les pide noticias un corresponsal ministerial, y se vuelven las tornas. Aquello está como una balsa de aceite. Los moros *ser gallinas*, Araaf respetado, el comercio con la plaza se hace sin dificultad de ningún género y la paz está organizada por algunos siglos.

De modo que los que tomamos á pechos estas cosas no disfrutamos sueño plácido y estamos sumidos en un piélagos de vacilaciones.

Salimos á descarrilamiento por día.

Es una manera irónica que tiene el Gobierno de justificar y preparar la ley de auxilios á las compañías de ferrocarriles.

¿Qué tontos son los chinos!

Ahora está reconcentrado un cuerpo de ejército de treinta mil hombres en las fronteras de Corea.

¿Para qué harán eso?

¿Para que el telégrafo japonés se los cope el día menos pensado!

Libros:

De antaño y de hoy, colección de poesías, algunas verdaderamente notables, de D. Eulogio Jarado Fernández, con un prólogo de D. Francisco Rodríguez Marín. El cual prólogo es, por cierto, interesante de verdad, cosa que no suele acontecer á los prólogos. Precio: 2 pesetas.

Prosa. Así titula sencillamente su autor D. Manuel Moré (M. Remo) un libro en que ha coleccionado muy bonitos cuentos, algunas intencionadas fábulas y diferentes artículos de costumbres, todo ello bien pensado y correctamente escrito. Habana, 1893. Precio: 3 pesetas.

Doloras de Camposamor. Edición completa, con una carta prólogo de D. José Nakens, interesante porque viene á terminar, al cabo de los años, una polémica que hizo mucho ruido. Véndese el libro al ínfimo precio de 2 pesetas.

La casa López Bernagossi, de Barcelona, ha publicado los tomos 10, 11 y 12 de su *Edición diamante*, que ha sido recibida con entusiasmo por el público. Estos tres tomos contienen el poema *El licenciado Torralba* y dos series de *Poesías y fábulas* y terminan la colección completa de las obras de Camposamor. Precio de cada tomo: 50 céntimos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cuarto.—Sí; ése es su principal defecto: la vulgaridad. Además, los cuatro versos del primero son perfectamente asonantes.

Un orfello.—Así explicada, ya parece alguna cosa la miga. Pero sin notas aclaratorias... El de hoy puede publicarse variando el tercer verso,

que no es castellano. Si usted quiere, remítalo de nuevo con su firma.

Uno que sabe comprimirse.—Le ha salido mediana esa especie de letrilla.

Los tres Ratas.—Pues... no sé cuál de los tres es el peor. ¡Ah, sí! El peor es el tercero, que aconsonanta *ledor* con *son*, *aflijidas* con *vida* y *quieras* con *puñero*. ¡Y eso ya es faltar, francamente!

Esmeralda y Mauricia.—Sí, señoritas, sí; perdono la modestia. ¡Ojalá pudiera perdonar igualmente el cantar y la seguidilla!

El barbero.—Ambas son inocentes como jilgueros.

¡Y aún habrá quien marmure de los barberos!

Sr. D. G. R. M.—Siento no poder complacerle, pero ni el cantar ni el epigrama son publicables.

Sr. D. J. F.—El mismo *calembourg* se ha hecho más de quinientas veces. Lo cual es una contra.

Sr. D. J. G. C.—Se aprovecharán algunos, Dios mediante, porque los hay bonitos de veras.

El chiquitín de la casa.—No puedo resistir al deseo de copiar algo para maestra:

«¡Vida ó muerte!

¡Ser ó nada!

¡Noche y día!

no los dos.

¿Nunca verte?

¡Sombra amada!

¡Madre mía!

¡Creo en Dios!»

Parece un cantable de concertante, en que cada uno dice lo que le viene á cuento.

Un aficionado.—No creemos conveniente esa sección, por lo mismo que se abusa de ella en casi todos los periódicos. Ya la tuvimos hace años, y no le importaba á nadie tres cominos.

Sr. D. D. P.—La manera de dibujar de usted no encaja en el MADRID CÓMICO, porque tenemos á los lectores acostumbrados á otro procedimiento. No es esto decir que sean malos, sino que probablemente no habían buen efecto.

El rey que rabió.—Así empieza usted su soneto:

«Paseérame yo en un balcón

jugando junto á mi novia,

cuando de pronto vi una sombra

entre la luz de un farol.»

Y eso es calumniar á los sonetos, á las sombras y á los balcones por donde se pasea uno.

Faísán dorado.—No puedo utilizar ninguno.

El tio Saúillas.—¡Vaya por Dios! El mismo guasón de todas las semanas, con pseudónimo diferente... y con las mismas faltas de ortografía.

Querubini.—Guay de nosotros, que no podemos admitir artículos!

+ *K. Dor*.—Todo ello es demasiado candoroso. ¡Casi estaría bien en un periódico dedicado á la infancia!

Sr. D. P. M.—¿Por qué yo esfuerzo

en hacer versos

á mi cerebro

calenturiento?»

¡Por Dios! ¿no ha visto usted que son asonantes las cuatro? Pues así no se puede empezar nada de provecho.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si el pedido no se acompaña el importe.

Los señores anscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.180.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dop.º
Teléfono 234.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MÁNCANARES